

NURIA PÉREZ DE LARA FERRÉ

Deseo de ser guía, tan solo, saber callor, tanto más ...y encontrar las debidas palabras

Deseo de ser guía, tan solo.

La vida humana reclama siempre ser transformada, estar continuamente convirtiéndose en contacto con ciertas verdades. Verdades que no pueden ser ofrecidas sin persuasión, pues su esencia no es ser conocidas sino ser aceptadas. Y cuando la vida humana no acepta dentro de sí cierto grado de verdad operante y transformadora queda sola y en rebel-día, y cualquier conocimiento que adquiera no le bastará.

María Zambrano¹

Todos los años, mejor diría todos los cursos, se hace evidente en mí lo mucho que gozo y lo mucho que sufro en mi tarea cotidiana de dar clases. El disfrute: por la relación con mis alumnas y alumnos en general, pero muy especialmente en particular; quiero decir, muy especialmente y precisamente, por aquellas relaciones singulares que hacen renacer en mí, día a día, el deseo de reemprender mi tarea, un deseo que convierte en general mi sentimiento de disfrute en la relación con "todos" mis alumnas y alumnos. El sufrimiento: por la duda o quizás la certeza, de que no consigo hacer llegar a "todos" el sentido que para mí tiene la tarea de educar. Debería decir, en este momento, que no se trata de una pretensión omnipotente, pues

creo que la experiencia de los propios límites, quizás por la edad, bienvenida sea por ello, se ha convertido ya en un saber que me ayuda a aceptarlos; sin embargo, es ese renacer diario del deseo el que me hace sufrir la cortedad de mi alcance y mirarla con preocupación en los momentos en que ya no estoy tan ocupada en la diaria tarea.

Cada vez que vuelvo sobre las páginas de María Zambrano, encuentro palabras que me ayudan a comprender mejor algo de lo que me sucede. Las líneas que encabezan esta reflexión me hablan de ello en varios sentidos:

Las puedo pensar, quizás, como un acertado diagnóstico de la soledad actual de la vida humana, "sobra conocimiento y falta aceptación de ese cierto grado de verdad" me digo.

Muy en especial, en el lugar donde hoy me desenvuelvo con mayor o menor soltura, la Universidad, un espacio y un tiempo en el que ocupa un lugar privilegiado eso que se ha dado en llamar "conocimiento", cuando no mera "información", y en el que puede palpase ese estado de soledad y sorda rebeldía de las vidas de jóvenes y adultos, al tiempo que una fuerte resistencia a la aceptación de esas ciertas verdades de la vida que, como dice María Zambrano *la encienden y sacan de sí haciéndola trascender y poniéndola en tensión*. Verdades de la vida hacia las que a mí me gustaría saber guiar a chicas y chicos de las nuevas generaciones con quienes la tarea educativa me pone en relación.

Pero también esas palabras me hablan a mí, del sentido de la dificultad que supone hacer pedagogía desde mi ser mujer, teniendo al mismo tiempo que convertirlo en palabras, dado que hablar de y desde la diferencia, pensar con mis alumnas y alumnos nuestras relaciones con el "otro" es, en definitiva, el "texto" de aquello que "enseño" - acerca del "otro" de la Educación Especial, del "uno" y la "otra" de la Coeducación- es decir, la cuestión primordial de las

relaciones entre nosotros, o como muy bien lo dice mi compañera Caterina Lloret, de las relaciones del "nos-otros".²

A veces me pregunto si aquello que enseño -Educación Especial, Coeducación-, ponen la dificultad de la que hablo, más en el centro de mi tarea, porque sitúan la dificultad misma como discurso teórico central, discurso teórico que en su parte que podríamos calificar de académica, la "dada" y la que se "debe dar" (en ese lenguaje habitual de la enseñanza), requiere de un corte radical para poder pensar de otro modo nuestra relación con el otro, con la otra. Sin embargo, pronto me doy cuenta, ante esa pregunta, de que no es así, porque se me hace evidente que dentro de la Pedagogía, es de todos modos éste, el núcleo central de la cuestión, pues en definitiva, educar se hace siempre en relación.

Quizás me debería plantear de otro modo la pregunta y aceptar que tanto lo que me propongo, ayudar a convertir el saber de la experiencia en experiencia de saber como los contenidos a compartir a través de esa experiencia, son cosas que se enfrentan y me enfrentan cotidianamente a ese tipo de *verdades que no pueden ser ofrecidas sin persuasión, pues su esencia no es ser conocidas sino ser aceptadas*.

Si me valgo de este punto de partida para mi pregunta, me doy cuenta de que quizás las preguntas serían otras, por ejemplo ¿se puede hacer llegar a otros, en el orden del conocimiento, algo que es del orden de la experiencia? ¿se puede ofrecer ese algo con persuasión (animando, entusiasmando, sugiriendo, atrayendo, fascinando, inspirando...) sin despertar fuertes resistencias frente al convencimiento y la certeza de dicho ofrecimiento? No hay más que una leve diferencia entre el convencer y el persuadir, pero algo hay en ese matiz que me acerca a una de las experiencias dolorosas en la relación educativa de la que hablo: alguien parece pretender convencer, alguien se niega a ser convencido; y esa tensión pasa, por lo general, por una dificultad para encontrar las palabras vivas y oportu-

tunas que nos guíen en cada momento para que se produzca el acontecimiento de la aceptación. Es más, creo que esas palabras necesitan, para nacer, de un espacio anterior y simultáneo a la vez, que las acoja. Y ese es el espacio de la relación, un espacio en el que la experiencia de la relación se produzca, y por lo tanto, un espacio que necesita tiempo, un espacio y un tiempo que, para producir experiencia que de a luz algún saber, también reclaman silencios.

Saber callar, tanto más

Dice María Zambrano en los párrafos en que nos habla de la guía: "El que habla por experiencia, aunque indique, aunque calle lo más importante, comunica, y cuando calla lo hace como Sócrates, para que el otro sienta nacer dentro de sí lo que necesita y sea más suyo; para que lo sepa por experiencia también"

El espacio y el tiempo de la relación, el espacio y el tiempo del silencio, necesarios para permitir que surjan las palabras que le den sentido a la experiencia, hija también de ambos, no nos vienen dados en la Universidad, hay que buscarlos, encontrarlos, crearlos día a día con el esfuerzo de saber callar. Cuántas veces no me habré dicho, "¿por qué no te callaste? demasiadas veces lo que te falta es saber guardar silencio" Y callar, guardar silencio, resulta tanto más difícil cuando no sólo apremia el tiempo sino también y fundamentalmente lo que apremia es una subrepticia e imperiosa necesidad de llenar ese tiempo con palabras, más concretamente, con las debidas palabras de la profesora.

Las "debidas palabras de la profesora" tienen para mi un doble sentido, aquel que me habla del deber de hablar de la profesora -ella es quien debe "llenar el tiempo" de la clase- y el que me habla de encontrar las debidas palabras para responder, en el sentido de responsabilidad, ante la resistencia, cansancio, aburrimiento o apa-

rente estupidez, como dice Anna María Piusi³, de los chicos (y algunas chicas) que sólo pretenden encontrar competencias específicas para poder "intervenir"; pretensión esta que, encaja, perfecta y completamente, "sólo" con ese deber de la profesora referido al orden del poder.

Se trataría pues de encontrar las debidas palabras que, aceptando aquello que procede del orden del poder -mi deber de hablar- se conjugarán con otra cosa: el acto de responder de algo que, como dice María Zambrano, requiere de *una detención de la mente, de una cierta suspensión del tiempo*, es decir de silencios, para que *el corazón asista en todos los sentidos de la palabra, al acto de responder de algo. Porque responder es responder ante algo, presentarse ante algo. Y sin la asistencia del corazón la persona nunca está del todo presente.*⁴ Conjugar el deber de hablar con la necesidad de silencio, conjugar ese orden del poder con la asistencia del corazón ¿es posible?

Por supuesto, la experiencia me dice que es difícil pero no imposible, pero plantearme la pregunta de este modo me ayuda a reflexionar sobre el camino de su posibilidad, me ayuda a seguir hablando con las palabras que me permitan un "hacer como si fuera posible"⁵ y no me refiero a "hacer ver que algo es posible" como una ficción intencionada, sino al hecho de que mi hacer vaya siempre acompañado de la confianza en la posibilidad, es decir, de que mi hacer camine orientado por el sentido de lo posible.

Si bien es cierto que llenar el tiempo de las clases con palabras es algo que se nos impone, también lo es que lograr la asistencia del corazón en mi (nuestro) hacer responsable es algo que deseo y busco, y creo que esa búsqueda debería ir dirigida al encuentro de un silencio apacible que haga del saber callar presencia viva, que haga de la aceptación del conflicto con el poder, espacio para la palabra del otro, espacio para la palabra de alumnas y alumnos que les permita vaciarse del lleno que les oprime: el lleno de conociemien-

tos, el lleno de objetividad, el lleno de neutralidad, el lleno de la obligada intervención sobre el otro propios de “lo dado” en educación.

El problema que esto me plantea es el de los buenos propósitos, que no son de hoy sino de cada vez que reflexiono sobre ello, es decir, de cada vez que pienso mi experiencia de no saber guardar silencio. Suelo hacerlo, como ahora, dedicándole espacio y tiempo. Pero, cuando en las clases, el silencio acogedor de las palabras del otro se llena de palabras objetivas, de conocimientos dados, de neutralidad frente a toda subjetividad –en especial la de la profesora, la menos aceptable por el orden académico- en demasiadas ocasiones lo que llega no es la respuesta sino la reacción. Una reacción estimulada por la premura del tiempo, es cierto, pero sobre todo una reacción permitida, precisamente, por ese deber de hablar de la profesora, un deber que convierte en privilegiado el lugar de la palabra de la profesora.

Desdichado privilegio, pues, aquel que te llega sin desearlo y más desdichado aún porque irrumpe en la relación con y entre alumnos y alumnas haciendo de su pensamiento confrontación entre dos bandos. Creo que no hay nada más nocivo para el acercamiento al otro, para la comprensión de la cuestión de la relación con el otro, que la experiencia que divide en bandos la posibilidad de relación.

Hacer del silencio un lugar apacible para que pueda entrar sigilosamente nuestro corazón supone cultivar un saber: el de dar una respuesta que acoja y acepte la verdad del conflicto que estalla cuando las palabras que ese silencio permite sólo expresan el lleno que nos oprime; el de dar respuesta, permitiendo a la vez nuevos silencios que se abran a palabras otras, a palabras de otros y de otras en quienes ese conflicto no produzca reacción sino nuevo pensamiento, nuevas palabras; el de dar la respuesta abierta a la confianza de que esas palabras son posibles, también, o quizás más, en otras, en otros; el de saber callar para *que el otro sienta nacer dentro de sí lo que necesita y sea más suyo; para que lo sepa por experiencia también...*

No dejar al tiempo solo

Hay muchas frases en los textos de María Zambrano que me conmueven, pero hay una que cada vez que la leo despierta en mí un enigmático a la vez que reconfortante sentimiento, dice así: *Todo vivir es en el tiempo, y la experiencia no es sino el conocimiento que no ha querido ser objetivamente universal por no dejar al tiempo solo.*

¡Pobre tiempo ese que se queda solo y yermo, pues privado de experiencia se queda sin fruto! Pobre tiempo y más pobres quienes le niegan, se niegan, el fruto de su suceder.

Permitirle al tiempo fructificar es algo que nos hace pensar en un tiempo vivido muy distinto al tiempo del cronómetro que señala las horas de entrar y salir de cada clase. No podemos pues seguir pensando el tiempo de las clases tan sólo como Cronos. Seguramente por eso me gusta tanto escuchar a algunas de mis alumnas decir "Incluso a las ocho de la mañana vengo a clase con ganas y deseo de lo que sucederá" o "Se me pasan las clases volando y nos encontramos en el pasillo que continuamos hablando de esa clase sin darnos cuenta de que hay que asistir a otra y llegaremos tarde" o "en casa, en la calle, con mis amigos, me siento llena de las cosas que hacemos en clase y tengo que comunicárselas a ellos". Que el cronómetro -las ocho, la hora de la otra clase- señale el valor de un tiempo que ha sido vivido con ilusión, que ha sido alargado sin romperlo y, al mismo tiempo, señale un necesario aplazamiento de algo que se conserva vivo hasta la próxima ocasión es algo que da la medida del tiempo de clase como experiencia, pero, cuando esa medida viene dada por un tiempo que no es marcado por el cronómetro sino por la vivencia de otras experiencias, en otro lugar, con otras personas, es decir, que nos habla del renacimiento de eso de aquí en otro lugar, de eso de ahora en otro tiempo, entonces la medida se abre a la vida entera en su suceder, entonces se siente, se huele, el sabor, el aroma de sus frutos.

Sigo ayudándome de las palabras de María Zambrano: *Pues la experiencia irrenunciable se transmite únicamente al ser revivida, no aprendida. Y la verdad, la que la vida necesita, sólo es la que en ella renace y vive, la que es capaz de renacer tantas veces como sea necesitada.* De eso me habla la gratificante expresión de mis alumnas que en su casa, en la calle, con sus amigos vuelven sobre lo pensado en las clases, casi sin darse cuenta, sintiendo que necesitan seguir reviviéndolo en sus relaciones cotidianas más allá y más acá del estricto campo del estudio o la profesión.

Sin embargo, no puedo dejar de pensar en los momentos en los que en clase se produce la triste experiencia de los bandos que siempre me trae la cuestión de la palabra como reacción ocupando el lugar de la necesaria detención de la mente para acoger nuevos modos de responder. Sé que también ésta es una experiencia que por ser del orden de lo emocional, separado del pensamiento, puede llevarse más allá del tiempo de clase, a otros lugares en los que precisamente la separación en bandos y la toma de partido es acogida como lo necesario, lo habitual cuando lo que se pone de manifiesto es la subjetividad. Conseguir que esto no se produzca no significa para mí eliminar lo emocional, pues es uno de los modos en los que el corazón se presenta –atribulado entre sus latidos y la compulsividad de las palabras– sino hacer que eso que nos emociona se convierta en el apacible silencio que tranquilice al corazón y le permita estar presente de otro modo. Conseguir que esto no se produzca no significa tampoco elevarse a la objetividad del conocimiento, olvidando la necesidad de ponerse en juego enteramente en la relación educativa, sino ir más allá y permanecer más acá de la dicotomía subjetividad/objetividad y adentrarse en las verdades de la vida que son, al fin y al cabo de lo que se trata en la educación, sea cual fuere el adjetivo que a ella se le ponga en la cuadrícula disciplinar de la academia. Para ello es necesario no dejar al tiempo solo y buscar con amor dentro de sí, donde siempre están los otros, las palabras que digan la experiencia, ese conocimiento que no tiene pretensiones de universalidad objetiva pues es de esa pretensión de donde

nace toda reacción que crea bandos, que no son más que los pedazos, los desgarrones de la vana pretensión de totalidad cuando se apropia de nuestro mirar al mundo.

Así pues, me digo, quizás la pretensión de llegar a "todos" en el corto espacio y tiempo de las clases no sea más que un cierto afán de totalidad, de omnipotencia, una pretensión que quizás no sea hija del deseo sino de la arrogancia que pretende que es sólo de la profesora de donde procede esa posibilidad de alcance. Así pues, me digo, lo que falta realmente es abrirse a la confianza de que son posibles, en otros y en otras, las palabras que alumbrarán las verdades de la vida, esas que, *introduciéndose en ella, la hacen moverse, ordenadamente; las que la encienden y sacan de sí, haciéndola trascender y poniéndola en tensión*"

¡Quién supiera ser guía hacia esas verdades de la vida para nuestras jóvenes y nuestros jóvenes; ¡Ay, quién supiera! Pues, no, no hace falta que ese "quién" sea una, lo que se requiere es la verdadera confianza en que otras, otros, también pueden guiarnos en y hacia ellas; lo que hace falta es la verdadera confianza en que también esas y esos jóvenes de hoy también pueden guiarnos a nosotras y a nosotros en y hacia las verdades de la vida. Aceptar y abrirse al saber de su experiencia para alcanzar nuestra propia experiencia de saber podría ser también una manera de no dejar al tiempo solo y por ello, quizás también la manera de no quedar nosotras, nosotros, incluidos en esa soledad del tiempo .

notas:

1. María Zambrano, *Hacia un saber sobre el alma*. Madrid, Alianza, 2000. Todas las citas de este texto referidas a María Zambrano son de esta misma obra y, por tanto no las reseñaré en cada ocasión con una nota. En caso contrario señalaré la obra en la nota correspondiente.

2. Caterina Lioret, "Nos-altres", *Revista Click*, Ajuntament de Badalona, 1996.

3. Anna María Piussi, "Dar clase, el corte de la diferencia sexual" en Nieves Blanco (coord.) *Educación en Femenino y en Masculino*, Madrid, U.I. Andalucía y Akai, 2001.
4. María Zambrano, *Notas de un método*, Madrid, Mondadori, 1989, págs. 110-111.
5. José Contreras, "Más allá de la integración", en *Cuadernos de Pedagogía* nº 313, *Tema del mes* (p. 61), Barcelona, Mayo 2002.